

Abraham, se denomina Sara. Esta dirige todo cuanto concierne al régimen interior de la tribu, alimentos, vestiduras, distribuciones de agua y vino, el trabajo interno y doméstico de la familia entera. Sin ella ¿quién hubiese puesto al agua de los odres tasa? ¿Quién amasara el pan diario indispensable á tanta gente? ¿Quién lo cociera entre las cenizas y sobre las brasas de un hogar ambulante? Cada nómada tiene hartó que hacer con el cuidado de su camello y de los demás animales adscritos á la tribu errante. Para recoger el dátíl, sacudido por las altas palmeras; para ordeñar la camella, de cuya leche tanto gustan estos primitivos pueblos; para tostar el ternero y el cabrito, necesitan de las pobres mujeres, á quienes incumbe, como la cocina, el ajuar. El bárbaro irruptor, monstruo de la guerra, lleva en su carro bélico la mujer que genera los hijos en un punto y en otro los pare; mas el semita nómada, que genera el comercio y el cambio, lleva la mujer sobre su camello, animal de paz, y la encierra en una tienda, santuario de la generación y de la familia. Ninguna de las metamorfosis progresivas y varias fuera posible sin la mujer, que contiene los hijos en su seno, cual contiene los pétalos el botón, y con los hijos todas las esperanzas de perpetuar la humana vida en el tiempo. La inmovilidad de las costumbres asiáticas es tal, que

hoy mismo puede verse por cualquier viajero curioso un viaje como el viaje de Abraham por la inmensidad de los desiertos. La caravana de nuestros tiempos aseméjase mucho á la caravana de los tiempos antiguos. El ruido que levanta se oye desde lejos. Las cabezas de los camellos aseméjanse en el arenal infinito á los topes del barco en los infinitos mares. Las mujeres veladas, los patriarcas vestidos con sus túnicas sacerdotales muévense, como á compás, en lo alto de sus cabalgaduras enormes. Siguen á un lado y otro de la tribu el ganado de mansos bueyes y de resignadas ovejas. Con las personas, vestidas por modo tan pintoresco, esplenden los cargamentos compuestos de tiendas multicolores, de frutos varios, de muebles pintorescos. En grandes alforjas van los niños á un lado y otro de los camellos. Sobre las cargas se tienden los ancianos. Con los niños muchas veces se emparejan como compañeros, á un lado de las alforjas, los recentales que acaban de nacer. La gente más joven, ellos con sus jaiques y alquiceles, con sus túnicas ellas, acompañan el viaje como una danza ó como un coro. Algunas veces toda esta multitud va entre gente armada, que dan la dirección del camino en aquella inmensidad con las puntas de sus lanzas parecidas á movibles brújulas. ¡Quién podría describir la mezcla de animales y

hombres, el espectáculo de todas las edades que la vida humana tiene, moviéndose á una peregrinación, en la cual se juntan como dos crepúsculos el recuerdo y la esperanza, los ganados que mugen y balan, los camellos y dromedarios que andan majestuosamente, los juvenes que rien y cantan, mientras los viejos rezan, porque toda tribu nómada se parece á una verdadera nación que anda por el desierto como andan los ríos por el cauce!

La tierra desde donde se partían Abraham y Sara juntos con sus familias y con sus siervos en requerimiento de Canaán todavía no está bien definida y señalada por la moderna erudición, á pesar de los continuos progresos así geográficos cual históricos. Lo más admisible y más admitido resulta su venida de alta meseta, situada cerca de aquellas montañas armenias que descienden hacia las planicies de Asiria. Orfá se llama hoy la población que, según algunos, verdaderamente caracteriza el origen de la patriarcal familia destinada en providenciales designios á extender la raza de Sem por todo el mundo. Indudablemente las primitivas sociedades han menester una geografía en correspondencia con su carácter verdaderamente rudimentario. Una montaña, que defienda y asegure la tribu; una fuente, que le preste agua necesaria, en todas partes, y más en aquellos cálidos territorios del Asia; un oasis donde

puedan plantarse viñas y trigos ó recogerse las frutas y los pastos necesarios, tanto para los hombres como para los ganados, he ahí el teatro patriarcal. En el Orfá de hoy, en la Urkasdim de ayer, hay algo más que todo esto, hay un manantial que corre despeñado hasta pararse y detenerse, calladísimo y sereno, componiendo un remanso á manera de lago, en cuyas claras aguas las palmeras del borde se miran, las aves del cielo salpican sus alas rozándolas, los ganados beben y las muchachas de las tribus llenan sus ánforas para la bebida y para el aseo. Como en torno de Abraham y Sara se reúnen todavía las dobles tradiciones de los árabes y de los judíos, en el sitio donde la tradición supone que invocó Abraham el sacro nombre de su Dios primero, brilla hoy mismo una mezquita, sombreada por seculares y melancólicos cipreses, en torno de los que han muchos árabes piadosos querido dormir el sueño eterno para obtener la intercesión de su gran patriarca en la hora del supremo juicio y en la eternidad del otro mundo. Algunos creen que no está en tal sitio la patria de Abraham, por lo contrario, que se levantaba en las orillas occidentales del Éufrates. Sea de esto lo que quiera, hállese donde unos dicen cuando señalan Armenia por patria de Abraham, ó hállese donde otros dicen cuando señalan Caldea, lo cierto es que aquellas tribus nómadas necesitaron larguí-

simo viaje para llegar de uno ú otro punto á la tierra de Canaán. Sin ese instinto viajero tan misterioso cual aquel que incita el vuelo de las aves á sus grandes emigraciones, que trae la cigüeña y se lleva la golondrina, sin ese instinto viajero, jamás las diversas razas hubieran podido comunicarse ni entenderse, y jamás esta idea de la unidad humana hubiera llegado á surgir del seno de tantos pueblos discordes y enemigos como al principio de la historia se veían por doquier entregados á una eterna batalla. Bien al revés de aquella esposa que Dios puso en el arca de salvación junto al patriarca Noé, la cual debió luchar con las aguas del diluvio, esta mujer de Abraham lucha con los ardores del desierto.

¡Cuántos cuidados no ha menester una peregrinación! Como todas las grandes obras humanas va esta iniciadora del primer progreso acompañada de incurables dolores. Y, sin embargo, los profetas antiguos, las antiguas religiones, conociendo su práctica utilidad, espoleaban á los pueblos primitivos para que peregrinasen. Una fuente, un árbol, un sepulcro, el recuerdo sacro de cualquier historia religiosa, consagrada en sitio especialísimo, bastaban al primitivo legislador para dar citas á pueblos enteros y moverlos y empujarlos á fecundísimos viajes, donde se comunicaban sus almas. Y, sin em-

bargo, ¡cuán penosas las peregrinaciones! Apenas aquellas gentes sabían orientarse. De oídas guardaban los trazados orales de caminos cuyas huellas se habían por completo borrado. A veces los esqueletos de hombres y animales muertos en el trabajo de bogar por el desierto servían como de señal en las peligrosas y procelosísimas rutas, jamás fijas, por la movilidad natural de aquellos suelos movedizos, donde la batida del viento bastaba, en verdad, á promover una montaña. Sin embargo, hay un árbol á que podríamos llamar la providencia del desierto. Erguido y armonioso como arquitectónica columna, con sus chapiteles de verdes palmas y sus colgajos de áureos dátiles, diríase formado, más que por las ciegas y espontáneas fuerzas de la naturaleza, por la geometría y por las artes del alma. Este árbol es el oriental por excelencia, es la palmera, en quien todos los pueblos antiguos personificaban la hermosura. El dátil, que brilla como ámbar á los ojos, sabe como mieles al gusto. Los sobrios animales del desierto comen hasta sus huesos machacados. Basta con abrirle una incisión para que su fibrosa corteza destile un zumo tan agradable como el vino. Su cogollo compite, por la suavidad y por el dulzor, con las almendras. De sus hojas se trenzan esterillas, que sirven de lecho á las razas meridionales, tan sobrias como pacientes. Así la pere-

grinación va de palmeral en palmeral, cuando atraviesa el desierto, como la golondrina va de mástil en mástil cuando atraviesa el mar. Allí, al pie de la palmera, siempre ha de haber, ó una cisterna ó una fuente, y entre la palmera, la cisterna y la fuente, ha de hacer un alto la errante caravana. ¡Qué cuidado el de Sara para escoger la mejor! ¡Qué provida en preparar el pasto para sus ovejas, la torta para sus gentes! ¡Cómo dispondría todo lo necesario, cual dispone la primera entre las abejas el panal, á fin de que todas vivan á una y trabajen todas sin descanso! La verdad es que, sin la mujer nómada, compañera inseparable del viajero, sin la Sara, que le sigue como al cuerpo la sombra y que le provee con sus cuidados, el viaje no fuera posible. Mil veces retrocediera el peregrino en su vía, tornándose al punto de partida, si la mujer no fuese como el ángel custodio de peregrinación tan difícil.

Por esto la mujer del patriarca nómada, como la mujer del patriarca diluviano, desempeñan papeles tan importantes y ministerios tan sublimes en los sendos momentos de sus respectivas historias. Pero ya lo hemos dicho y jamás nos cansaremos de repetirlo. Juzgar lo mismo al hombre primitivo que á la primitiva mujer, lo mismo al patriarca que á la sultana, lo mismo á las tribus en sus co-

mienzos que á una civilización ya madura, puede ser causa, y fuente, y manantial, y origen de irreparables errores. En la historia de Sara y Abraham, en sus afectos mutuos, en sus relaciones como marido y mujer, encontraremos particularidades múltiples que habrán de chocar mucho con las ideas nuestras, y, sobre todo, con las costumbres. La filosofía del pasado siglo se volvió contra la religión á causa de todos estos contrasentidos, no comprendiendo que la religión tiene su parte moral y dogmática inalterable, y tiene su parte histórica y contingente muy sujeta y muy sometida por ende al desarrollo gradual de todo cuanto se sucede aquí abajo en el espacio y en el tiempo. Así como la primera sociedad patriarcal debía ser por fuerza imperfectísima, imperfectísima debía ser también la primer familia patriarcal. Esta monogamia, en que nosotros fundamos la pureza y la excelsitud de nuestro sacro y amable hogar, no podía existir en aquellos tiempos primitivos, porque no lo toleraban ni las condiciones del medio ambiente, ni las condiciones del clima, ni las condiciones del humano desarrollo. La semilla y el fruto son una misma cosa en sustancia; pero se diferencian mucho en forma y en otras varias condiciones. Así como para llegar á la libertad moderna hemos pasado por tantas servidumbres, para llegar á la familia moderna

hemos debido pasar por grandes corruptelas. Ni la patria potestad, ni el cariño filial, ni el ministerio de la mujer en el hogar, ni la constitución de la familia, ni el testamento, ni la herencia, podían ser en los tiempos primitivos lo que son hoy ni revestir los caracteres que hoy revisten. Perdido esto de vista no hay explicación para la historia de los patriarcas.

La tierra donde Abraham se fijara fué Palestina, tierra predilecta de los hebreos y por Dios prometida, desde la eternidad, á su pueblo. Aunque los encarecimientos de la poesía y los ensueños de la esperanza tiñeron estos valles con tantos colores brillantísimos, no puede negarse la inferioridad suya respecto del renombre alcanzado en la historia y del precio puesto á su posesión por los descendientes de Abraham. Fuera de algunos oasis, fuera de cortas y rientes hoyas, tropezáis tan sólo en Palestina con pedregosos desiertos. A pesar de ello, algunas planicies, y aun colinas, ofrecen abundoso pasto al ganado y facilitan el necesario pastoreo. Pero el clima prospera toda clase de árboles frutales con tal que tengan algún riego por sus piés. Entre los cactus del áloe y de la pita que sirven para setos, extienden sus sarmientos cargados de racimos y ceñidos de pámpanos las viñas, sus brillantes ramajes verdes clarós las higueras unidas con

los olivos, y sus ramilletes de flores y de frutas almendros y granados. Para encarecer á Palestina, dicen sus adoradores que halláis allí con mayor facilidad vino que agua, y celebran sus mieles y sus leches aromadas por salvias, romeros, tomillos y cantuesos. Escasa población debía tener Palestina cuando la llegada de Abraham, porque ningún esfuerzo tuvo que hacer y ninguna guerra que sustentar para fijarse allí. La próspera Sara, como había ocurrido á las múltiples necesidades de una vida nómada, ocurriría también á las múltiples necesidades de aquel asiento y habitación en tierra desde tan apartado sitio y en tan largo tiempo requerida y buscada. No sabemos qué plaga obligaría entonces al patriarca, tan ganoso de Palestina, su tierra de verdadera elección, á partirse hacia Egipto. El hambre se halla indicada lo mismo para explicar su movimiento de Caldea ó Armenia á Palestina que para explicar su movimiento de Palestina á Egipto. Todo esto quiere decir que los nómadas se fijaban en cualquier punto con suma dificultad, y se veían asediados por todas partes de necesidades que les agujoneaban y les obligaban á irse, como las bandadas de aves viajeras, á emigrar, hacia los cuatro extremos del horizonte y los cuatro puntos cardinales del cielo. La mujer se une, mucho más todavía que nosotros los hombres, al suelo donde reside y ha-

bita. Muy amiga del hogar doméstico, esta relación de su persona con la casa y de la casa con el suelo, detiéndenla en la tierra donde ha residido algún tiempo. Trasplantarla desde su lago nativo al árido inmenso desierto, y desde los arenales del desierto á Palestina, y de Palestina, donde tenía ya hogar fijo, al Egipto, francamente, debía costarle mucho, y hacerla pasar por dolores y trabajos sin cuento en aquel tiempo primitivo, muy cargado de males y muy poco sometido al humano imperio.

El Egipto es una tierra de verdadera fecundidad. Bajo aquel cielo candente, lleno, por ende, todo él, de los dos grandes elementos vitales, calor y luz, corre un río descendido misteriosamente de ignotas montañas y desaguado en el armonioso y celestial Mediterráneo. Los antiguos dieron importancia cuasi divina á este ayuntamiento entre la humedad terrestre y el calor solar, que produce una vegetación tan fecunda, ornato de la tierra, nutrición de todas las especies, y hasta del aire donde las especies respiran y viven. Ningún paraje del globo donde se manifiesten las prolíficas fecundidades propias de la unión entre la humedad y el calor como estos valles egipcios. En todas las cuencas del Nilo debía dilatarse una especie de nuevo paraíso para estos hombres de la zona tórrida. El río, en las estaciones más propicias, convierte aquellos parajes en

sereno lago. Este lago lleva en sus entrañas el fecundador limo. Este limo fecundador, el primero entre los abonos, abriga la tierra y calienta los semilleros. Así brotan por doquier los vegetales más pródigos para el hombre y se mantiene una fauna indispensable á los esfuerzos y á las creaciones del trabajo. No pueden enumerarse los frutos que da Egipto ni los animales que de tales frutos se alimentan. Allí la cebra rayada hermosamente, allí el avestruz llamado nave del desierto, allí el caballo agilísimo, allí el camello beneficioso, allí el buey, allí el cordero, allí en medio de tanta fecundidad todo lo que sirve y coopera con su esfuerzo á la universal transformación del planeta. No hablemos de los frutos. El arroz, el trigo, el dátil desparramado en los suelos por las fecundas palmeras, el racimo pendiente de parras y cepas, las almendras y las nueces, la oliva cargada de luz, tantas y tan sabrosas frutas lo encantan todo con sus mieles y con sus aromas. Por consecuencia, las emigraciones de Abraham y su gente desde tierra tan ingrata como Palestina en dirección á tierra tan agradecida como Egipto estaba en el orden natural de las cosas y en las necesidades fatalísimas de aquellos pueblos nómadas. La buena Sara debió, á pesar de todo esto, dejar con tristeza tierras donde había plantado su hogar y nutrido á su familia.

En tiempo de Abraham, es decir, dos mil años antes de Cristo, reinaba en las comarcas del Nilo una dinastía indígena. Y no debe olvidarse tal circunstancia porque, á causa de lo próximos que se hallaban imperios tan grandes como los persas, caldeos y asirios; á causa del desierto que circuía por todas partes la tierra egipcia; y á causa de las tribus que imperios y desierto abortaban, nómadas unas y otras en armas, veíase con frecuencia Egipto salteado por irrupciones asoladoras y sujeto á terribles conquistas. Por este tiempo se hallaba muy floreciente. Ni el conquistador ni el irruptor podían clavar en él su diente. Por consecuencia, tanto la fecundidad natural á sus campiñas como la paz propia de su régimen y de su gobierno, llamaban á su pródigo seno múltiples emigraciones. Poco antes de partirse Abraham y Sara, las tierras de Palestina comenzaban á despoblarse ya. El territorio de Canaán yacía en aquel momento cual si fuera un verdadero desierto. Muchos semitas, muchos descendientes de aquel Sem á quien tanto amara Noé y á quien tanto prometiera Dios, iban desde los desiertos palestinos y caldeos á los fecundos valles egipcios. Abraham no tenía otra cosa que hacer sino plegar su tienda, y, por el istmo de Suez, partirse á la tierra de los Faraones. Los palacios de éstos resplandecían en aque-

lla sazón propicia con brillantes resplandores. Los templos resonaban á una con los cánticos de un sacerdocio poderosísimo y feliz. Extendíase la corte numerosa por doquier, como una legión al amor consagrada y no al combate. Llenábanse los harenes con odaliscas enviadas por todos los pueblos, reinando sobre los reyes el lujo y el placer.

El imperio antiguo de los orientales hallábase organizado, poco más ó menos, como el moderno sultanado de los turcos; tan persistentes aparecen las instituciones humanas en el mundo. Un colegio de sacerdotes apoyados en el trono; un ejército numerosísimo, dispuesto á sostener monarquía y sacerdocio contra las continuas extrañas invasiones; un serrallo henchido de verdaderos eunucos; un harén donde se amontonaban las siervas favoritas; el pueblo imbecil cargado de tributos y deberes; el esclavo, todavía más infeliz que el pueblo tiranizado: he ahí los sumandos componentes de una sociedad oprimida y vejada por el más absurdo despotismo. La situación de aquel mundo extrañísimo tenía mucho de una guerra perpetua. Los poderes no dominaban el territorio mismo donde residían, por su autoridad moral, acampaban en su espacio como pudieran acampar en cualquier grande atrincheramiento. El déspota, ó sea el ídolo, aparecía como un rey de reyes, como un supremo juez, como

un pontífice, como un Dios. Para dominar necesitaba una fuerza que sojuzgara las voluntades y un esplendor que deslumbrase los ojos. De aquí sus dos idolatrías al continuo placer y al verdadero lujo. Las angustias pasadas en los combates se compensaban con los goces sentidos en el harén. Cicatrizábanse las heridas con besos. El despotismo tenía organizada en la cima una grande teocracia y organizada en la base una grande prostitución. Alimentábase de continuo ésta con mujeres extranjeras. La corrupción sistemática pedía renovaciones á goces, embotados pronto por el uso, como todos los goces materiales. Y esta renovación se libraba en las mujeres, robadas al vecino unas veces; al contrario, después de los combates, otras. Una campaña de aquellos tiempos parecía un saco y un esterinio perpetuos. El triunfo arramblaba con todo cuanto al paso invasor se le oponía, y dejaba los sitios por donde corría cual deja los campos la nube de langosta. Tiendas, mobiliario, enseres industriales, armas, ganados, tesoros, hombres y mujeres, iban de un lado á otro arrastrados todos por aquellas catástrofes sociales. El harén egipcio gozaba de un grande renombre, muy merecido por cierto, entre todos los pueblos orientales. Como por un lado tenía Nubia, donde abundaban las negras hermosísimas, y por otro lado tenía Siria y Caldea,

donde abundaban las blancas, disponía de los ejemplares más numerosos y más completos, que cuidaba como pudiera cuidar su cuadra, su pajarera, su corral, por meros motivos animales, por meros instintos rudimentarios de la vida sensual.

Abraham llevaba consigo una mujer muy hermosa. La descendiente de Sem debía distinguirse con todos los caracteres de la familia caucásica en su origen. La estatura tendría, en lo erguida, mucho de las palmas naturales á semejantes comarcas. La vida nómada le habría dado la ligereza y agilidad de una gacela. Brillarían como dos negros abismos sus ojos relumbrantes. La color atezada tendría ese moreno mate de los mármoles orientales, tan apreciado en lo antiguo. A la palidez asiática le dan tonos indecibles unos ojos negros y unos labios rojos. Yo he visto mil veces en las tierras meridionales, junto á los frutillos de la murta, que parecen bolitas de azabache, las granadas entreabiertas, mostrando bajo la película blanquecina sus granos de coral. Pues así como los hermosos insectillos alados recogen los colores para sus alitas, que parecen movibles pétalos, ó el dulzor para las mieles de aquellos panales, que parecen líquida luz, á las flores ambientales, la mujer copia sus formas y tiñe sus colores de todos cuantos objetos la circundan, y, sobre todo, del sol que la esclarece, del terre-